

RITOS DE PRIMAVERA Y VERANO

J. M.^a Jimeno Jurío

Nací en tierra de secano, entre viñedos, trigales y chaparros, amando la franqueza del cielo raso y de los horizontes despejados; dediqué largas jornadas sondeando ciudades y villas de ambas márgenes del Ebro, y, sobre todo, soy un convencido de que no acaba Euskalerría en los dominios más septentrionales del «Fagus silvaticus», sino de que Vasconia es la resultante de la unión histórica, étnica, política y económica del «Sal-tus» y del «Ager Vasconum».

Al exponer unos rasgos del costumbrismo navarro preindustrial, he de advertir que por *folklore* entiendo toda la vida del pueblo, en su marco geográfico (casa, localidad, tierras), en su evolución histórica y en sus relaciones económicas, laborales, religiosas y sociales. Para entender nuestro folklore, para no generalizar ni «colonizar», para respetar y amar los valores tradicionales de cada región navarra y luchar por la superación de imperfecciones muy humanas, es absolutamente necesario tener presente la realidad geográfica, histórica y sociológica del País.

Nuestra configuración geográfica tiene la culpa de las radicales diferencias existentes entre la vertiente cantábrica (la media pluviométrica anual rebasa en Baztán los 1.500 mm y en Alsasua los 1.400) y el clima mediterráneo continental de la depresión del Ebro, donde las cantidades de lluvia registradas no alcanzan los 500 mm. (Sartaguda 447, Andosilla 445, Monteagudo 394, Buñuel 370). A ésto debemos añadir las diferencias térmicas, con clima más moderado y suave al Noroeste y más extremo en calores y fríos al sur. Las sequías del equinoccio de primavera pueden afectar a campos y pastos de la Montaña, pero donde hielos y falta de lluvia suponen mayor problema es en las tierras cerealistas, vitícolas, oliveras y hortícolas. De aquí podemos deducir «a priori» una consecuencia. Todos los navarros suplicaron remedio para su aflicción, multiplicando ritos mágicos; pero donde éstos adquirieron carta de naturaleza fue en la mitad septentrional del reino, sobre todo en la cuenca del Ebro.

Tuvieron en Cintruénigo mucho

miedo a los «Santos de capa» (Santo Toribio, San Marcos y San Pedro Mártir, 16, 25 y 29 de abril).

«Entre Toribios, Marcos y Pedretes cortan las viñas sin hocetes»,

dice un refrán que, con ligeras variantes, corre por casi toda la Navarra media denunciando que las heladas de la segunda mitad de abril pueden vendimiar en un instante la cosecha del año sin herramientas.

El 3 de mayo era fiesta clave del calendario pastoril y agricultor. La Pascua soñada por mayorales y rabadanes trashumantes en la Ribera, la hora de regresar al hogar, a los montes verdes, a las aguas puras:

«Ya ha llegado Santa Cruz;
pastores, a la Montaña,
a beber agua de fuente
y a dormir a la cabaña».

Se multiplicaban en todas las partes las procesiones y bendiciones de campos con el Lignum Crucis; los sacerdotes recorrían los términos para clavar cruces en collados eminentes y conjurar el término; los escardadores colocaban los ramos de San Pedro Mártir o las crucecitas de mimbre borte, chilingano y chopo en las heredades, mirando hacia San Miguel de Izaga los de Lónguida, y a San Miguel de Excelsis los de Larráun. Empezaban los complicados conjuros contra las tormentas. Durante el siglo xvi, recién construida la nueva parroquia de abajo (1522 y siguientes), los cascantinos subían el 3 de mayo a la que lo había sido hasta entonces (Romero), llevando una cruz de madera, clavada sobre asta hecha con olivo bendecido el domingo de ramos, de la que pendía el lienzo crudo antes mencionado. Terminada la misa, el vicario bendecía los términos y subían la cruz, ramos y lienzo al cimborrio «y allí la afixan para que esté todo el año». En Santa María de Los Arcos colocan este día en la torre parroquial una preciosa cruz-relicario, regalada el 13 de agosto de 1601 a su pueblo por el benedictino fray Juan de Los Arcos, y permanece vigilante hasta el 14 de septiembre. Ritos similares vieron la torre-campanario del Cerco artajonés, la de Ujúe y de multitud de poblaciones.

Desde Santa Cruz de mayo a la de septiembre reptan los sacerdotes los conjuros dominicales y tañían cada mediodía las campanas. El toque tenía nombres propios. Era «el repique» en Alsasua, y «tente» o «téntere nublo» en tierra Estella y la Ribera. La letrilla onomatopéyica recitada por los niños de la comarca estellesa refleja un deseo universal:

«Tente nublo, / tente en tí;
no te caigas / sobre mí.
Guarda el pan, / guarda el vino,
guarda los campos / que están floridos».

La canturreada en las poblaciones tudelanas expresa mejor el espíritu de los conjuros latinos:

«Téntere nublo, / tente tú;
los ángeles van / con tú.
Si eres agua / ven aquí,
si eres piedra / vete allí».

Con motivo de sequías prolongadas se repitieron inmersiones de imágenes y reliquias de santos en los ríos, conjurándolas para que lograsen de Dios la lluvia, como sucedía en el siglo xvi con las de Santa Felicia de Lablano y San Pedro de Usún, y ha venido haciéndose por diferentes lugares hasta el siglo xx. El recurso más general, desde la capital Iruña hasta las aldeas más pequeñas, fueron las rogativas con los santos preferidos. En muchos pueblos existe la convicción de que la imagen predilecta sacada en rogativa obtiene la lluvia inmediatamente. Lo afirma el padre Moret, analista del reino, de la Virgen del Sagrario de la catedral. La realidad, constatada con documentos y hechos, suele ser muy diferente.

No podemos dejar de aludir al *Mayo*, árbol totémico precristiano que los vascones alzaron sobre los campos, armado de gallos, espadas y símbolos de madera, como siguen haciéndolo por las Améscoas y la Berrueza. Los festejos eran presididos en el Baztán por una joven, «Mayatzeko erregiña». No acierto a comprender por qué arremetieron los prelados pamploneses contra la costumbre en los pueblos diocesanos de Guipúzcoa desde el siglo xvi (en Rentería la prohibieron en 1550, en Oyarzun en 1692), siguiendo después por la Navarra Húmeda, sin que hayamos visto un solo caso de prohibición en las merindades de Estella, Sangüesa, Olite y Tudela.

El obispo don Pedro Aguado dejó en Larráinzar el 17 de mayo de 1715 este mandato que por su riqueza informativa transcribimos literalmente: «Item, por quanto se alla Su Ilustrísima informado que en este lugar y

valle (Ulzama) ay la mala costumbre de que el primer día de mayo y día de Santa Cruz, ambos festivos, van los mozos y mozas de ellos fuera de sus lugares a los montes pinares con el pretexto de traer al lugar la Maya, y se quedan sin oír misa en grande cargo de sus conciencias, y deseando evitar este mal abuso, manda su Ilustrísima que, pena de excomunión mayor latae sententiae ipso facto incurrenda, ninguno de los dichos mozos y mozas vayan dichos días festivos por las Mayas al monte, sino que antes bien estén en el lugar y oyan missa y celebren y guarden los días festivos, como es razón, y que en caso de querer ir por dichos Mayos al monte lo hagan un día de hacienda, y que, so la dicha pena de excomunión mayor latae sententiae, tampoco el abad de este lugar permita poner la dicha Mayo dentro del cimiterio de dicha yglesia ni que en él se dance; y no lo cumpliendo así, se le da facultad al dicho abad para que los evite de los divinos oficios y no los admita a ellos».

El Mayo, siempre chopo, sigue presidiendo la vida en los pueblos de la Ribera del Ebro. Tan arraigada está la costumbre, que el Ayuntamiento de Sartaguda dejó un orificio destinado al árbol al encementar recientemente la Plaza Mayor.

Lamentamos no poder hablar de las salidas de San Miguel de Aralar para bendecir los cuatro puntos cardinales de cada pueblo visitado, ni de la cabeza de San Gregorio de Sorlada y de su agua para extirpar sabandijas, ratones, langostas, bichos nocivos y plagas agrícolas, del folklore más moderno de San Isidro Labrador, de los diezmos de corderos durante la primera quincena de mayo, y de tantos otros aspectos.

«Sanjuanarse», «sanjuanada», son palabras aplicadas esencialmente al baño lustral de medianoche y de la madrugada del 24 de junio. Entoncando con el rito de «Ur goyena, ur barrena», recogida en el momento de morir el «Urte zar» y nacer el «urte berri» por los mozos de Urdiáin, Icha-so y otros del contorno de Aralar en nochevieja, las gentes de Olóndriz (Erro) acudían a medianoche de San Juan a la fuente de Arike para lavarse, beber y llevar a casa de aquella agua para que desayunaran medicina buena todos los familiares. Existen fuentes siempre santas y sanas: Doniturrieta (Aralar), Iturri-santu (Betelu), Saniturri (Beorburu y Riezu), o bendecidas por Angeles (Aingiriturri en Anocibar). Son infinidad en las cinco merindades las bautizadas con el nombre del Precursor.

Durante la noche del 23, y antes de

salir el sol danzando, todas las aguas tenían poderes taumatúrgicos: manantiales, ríos, acequias, pozas y estanques. Aunque San Cesáreo de Arlés condenó a principios del siglo VI «la superstición de bañarse los cristianos en las fuentes el día de San Juan», la Navarra primigenia mantuvo grandes santuarios milagrosos, precursores de Orreaga, el Puy, Ujué o Lourdes. Entre los de la merindad pamplonesa figuran los manantiales de Betelu, visitados durante la madrugada solsticial por gentes de Aráiz, Larráun y Guipúzcoa; en el agua de batueco, entre Ciordia y Olazagutía, lavaban sus ojos gentes venidas desde tierras alavesas de Asparrena y San Millán, y navarros de Burunda, Araquil, Améscoas, Valdehlin y Yeri. Los peregrinos de Odieta, Anué y Ulzama rezaban en Aingiriturri al beber y lavarse y depositar su ofrenda en las aguas. Las Cinco Villas del Bidasoa tenían la fuente de San Juan de Yanci. Multitudes alegres de Pamplona y las cendeas de Galar, Cizur y Aranguren se daban cita en la fuente del batueco de Barañáin, como los legañosos, pitarrosos, sarnosos, roñosos, tiñosos, forunculosos, pustulosos y podridos de granos, diviesos, tumores y otras laceras epidérmicas de los valles de Yeri, Ega, Santesteban de Monjardín y la Solana se congregaban en el Agua Salada de Estella. Las catedrales sanjuanistas de la merindad de Olite fueron la fuente del Yesal de Solchaga (Orba) y la de Lezkairu de Ujué. Acudían a ésta devotos de Beire, Pítilas, Murillo, Santacara, Gallipienzo y otros más. Me consta que en 1972 había una familia sanjuanándose aquí antes de amanecer. En estas fuentes y en otras de ámbito local o comarcal, se daban cita los jóvenes para recenar, bailar y cantar al son de guitarras y panderos, mientras bebían y se purificaban antes de salir el sol.

Aparece también el agua en las menudas y puras gotas de rocío. Tanto allende Puertos, por Labourd, Baja Navarra y Soule, como en las merindades de cispuestos, los afectados por enfermedades cutáneas caminaron descalzos por los prados o se desnudaron para revolcarse y empaparse de salud, en Aézcoa, Salazar, Valdorba y Améscoa. En La población hubo madre que arrastró a su hijo, enfermo crónico, por la rosada de un campo de centero «y se curó». En Azparren (Arce) hacían pasar las ovejas, una por una, por un pozo de la regata para preservarlas de sarna.

Noche con bula y privilegio para curar verrugas, herpes, caspas, fracturas óseas y hernias infantiles me-

dante ritos de pasaje cuasi-sacramentales con ministro, sujeto, materia, forma y resultados portentosos. Noche de recoger hierbas: espino, saúco, malva, hisopo (milluba en Olazagutía), helecho, nogal, fresno, margaritas, limonia (Gastiáin), o «verbena» (Ecala).

«El que coge la verbena
la mañana de San Juan
no le picarán culebras
ni sapos que le hagan mal» (Ecala).

Los sacerdotes bendecían las hierbas (Sanjuan belarrak) en los pórticos parroquiales. En otras partes consideraban innecesaria la bendición, porque «recogida antes de salir el sol el día de San Juan, ya basta» (Ulíbarri, Lana). La enramada se ponía luego en la portalada, sustituyendo a la quemada la noche anterior, y se guardaba parte para echar al fuego durante las tronadas, o para hacer humo sobre la reliquia del tronco de Dios navideño y ahumar el ganado el día de San Antón (Goñi).

Sobre la epidermis regional se suceden prácticas de distinto carácter: chocolatadas, ordeño de cabrerías, romerías de carros enramados, árbol de San Juan, ritos higrománticos y protectores de la fecundidad, procesiones con la imagen del Bautista repleta de perillas, roscos y guindas, quemas de moros en Torralba, de Juangueringas en Corella y de Chapalangarras y Zarramusqueros en Cintruénigo y Fitero, enramadas a las mozas amigas (fresno y helecho en Alsasua, «lertxuna» en Yanci, chopo en el Almiradío, guindo y cerezo por la Navarra media y meridional), y, para las antipáticas o las pelanducas, chopo en Alsasua, espino en otras partes, un poco de sal en Los Arcos —«¡pa que te sales, sosa!»—, y arbejas en Santacara, regalo más afrentoso que la carroña de una caballería colgada por los mozos en un balcón.

Salía el sol redondo, rutilante, dando vueltas, bailando. Era «Santa Catalina tocando la pandera» (Cabredo, Aguilar) o la cabeza sangrante del Precursor degollado, o la pérfida bailarina causante de su muerte. Las gentes de Vizcaya y Guipúzcoa, de la Navarra media y de la Ribera (San Adrián, Arguedas, Cintruénigo, Fitero, Ablitas) anduvieron kilómetros para contemplar esta danza fascinante. «San Juan goizean eguzkia dantzatan ateratzen da». El sol besaba triunfal a un pueblo santificado por el fuego, el agua, las plantas y el amor.

SIEGA Y TRILLA

Había llegado la hora de recoger. ¡Qué duro el pan del labrador ayer, cuando unas labores superficiales con el arado romano, la falta de abonos y la impureza de las simientes, proporcionaban mucha ballueca y menguados rendimientos. Tiempo de dormir poco, de madrugar mucho, de permanecer doblado sobre la mies, en constante movimiento el cuerpo y los brazos, armados con la hoz y la zoqueta de madera, para ir dejando manada tras manada, gavilla tras gavilla, fajos y cargas de mies madura, siempre bajo un sol abrasador, deshidratante. Sólo un respiro en la Navarra oriental y media, cuando un segador topaba con la cruz o el ramo de San Pedro Mártir, para rezar un padrenuestro y echar un trago de la bota. La breve siesta estaba epilogada en Lerga por cantos religiosos de los segadores:

«¿Cómo la saludaremos
a la gloriosa María?
Como la saludó el ángel,
rezando el avemaría».

Nuevos madrugones para preparar las eras del cinturón periférico urbano, acarrear el cereal, tender la parva y molerla, dando vueltas con los trillos, con calor y paciencia, y esperar al cierzo o al bochorno para poder aventar la paja y el grano, y ver pagado al fin tanto esfuerzo con el montón erguido en medio del redondel.

Aquel trigo empezaba pronto a menguar. Ayer fueron los obligados diezmos y primicias, y los ermitaños y humildes frailecicos pidiendo una limosna voluntaria. Los hijos aguzaaban la vista y aprovechaban cualquier momento propios para realizar lo que por tierra Estella y Lumbier llamaban «saqueo», en Artajona «shishia», en Pamplona «chicha», en Los Arcos «hombrada» y en la Ribera del Ebro «borde». Sin dar tiempo a llevar el trigo a casa, llegaban a veces el barbero, el herrador o el panadero para cobrar deudas atrasadas o servicios adelantados, según como se mire, y, entre limosnas, sisas y pagos, el montón menguaba peligrosamente. Pero el agricultor sentía el gozo de poder saldar deudas, regalar unas paladas y tener pan para mañana.

LOS NUBLADOS

Motivos había para la gratitud. A los hielos, sequías y plagas de primavera sucedía en verano un peligro

atroz; podía sobrevenir de improviso, arrasando y matando.

Corella, 24 de junio de 1690. Poco después de mediodía vino un nublado. El pueblo acudió a la parroquia del Rosario. Los sacerdotes subieron cruces y reliquias a la torre para conjurarlos, mientras bandeaban las campanas y salía el vicario Azcona con el Santísimo y el Lignum Crucis bajo palio a la puerta principal. De pronto un rayo se paseó por el interior de la torre, dejando siete muertos y cuarenta heridos y conmocionados. Aquella misma tarde celebró sesión el Ayuntamiento y acordó hacer procesión de acción de gracias «por no haber perecido la mayor parte de los vecinos». Ramón y Cajal cuenta la muerte por rayo de un hombre cuando en la torre de Petilla tocaba las campanas conjurando una tormenta. Estos casos eran frecuentísimos. Ciñéndonos a la val de Aibar y a la primera mitad del siglo XVIII, en 1701 murió un muchacho en la torre de Lerga; ocho años después se repitió el caso con el hijo del sacristán de Ayesa. En 1711 dejó una chispa sin sentido al sacristán en el campanario de Lerga, donde sucedió en 1731 que, estando el abad Sarasa rezando exorcismos en la puerta del templo, su sobrino sacerdote en el conjuratorio, y Martín de Muru, hijo del sacristán, con dos canteros franceses tañendo las campanas, un rayo mató a Martín y dejó malheridos a los dos oficiales. Fue un año terrible. Para mediados de agosto calculaban en Pamplona que las centellas habían matado más de ochenta personas en Navarra.

El peligro no amenazaba solamente las cosechas. Clero y pueblo gritaban su congoja en las letanías de los Santos: «A peste, fame et bello; a fulmine et tempestate; a subitanea et improvisa morte, libera nos, Domine», pidiendo verse libres de peste, hambre, guerras, rayos, tormentas y muertes repentinas. Campanarios y cabezos quedaron armados de reliquias, ramos y cruces. No es casualidad que las arquetas árabes de Fitero, repletas de reliquias, fueran halladas en la torre abacial. Próximos los nubarrones y los truenos, abades, vicarios y beneficiados salieron a conjurar con cruces, reliquias, imágenes e hisopos, ordenando a las nubes que se disolvieran o que descargaran en otra parte. El merino, jurados y vecinos de Arruazu denunciaron en 1617 a su abad don Martín de Asiáin, alegando entre otras cosas que, por no hacer los conjuros, había caído un rayo e incendiado una casa. Por los años 1798, después de la guerra contra la Convención, es-

cribía un sangüesino que las reliquias del mártir San Román, veneradas en la parroquia de Santiago, hacían muchos prodigios, «especialmente en las tempestades en las que se manifiesta su cuerpo». Todavía en diciembre de 1872, al aumentar la junta del patronato parroquial de Mendigorria el jornal del sacerdote-organista, le pusieron como condición acudir al templo cuando tocaran a nublado para cantar mientras sacaban al atrio la imagen de San Roque.

Nuestro pueblo aprendió la lección. A partir del siglo XIX, bajo el cierzo del «racionalismo», los sacerdotes fueron abandonando estas prácticas. Los seglares, desamparados e inermes frente a las malas nubes preñadas de diablos, fuego, ruido y piedra, continuaron practicando lo que habían visto hacer a sus sacerdotes. Ocurrió durante el verano de 1972 en Santacara, según me contó la protagonista. En el retablo mayor guardan un minúsculo bargueño con el frente abatible cerrando los cajoncitos donde están las reliquias. Durante los nublados solía sacarlas el párroco. Aquel día estaba de viaje. De pronto el cielo se encapotó y se llenó de estallidos y truenos. Un grupo de mujeres cruzó en la iglesia un diálogo rápido: —«Hay que sacar las reliquias a la calle». —«Dicen que es pecáu cogérlas». —«Pues voy a sacarlas yo», replicó Mártires Adín estimando más importante salvar al pueblo del pedrisco que cometer una faltilla de respeto. Sin dudar un solo instante, tomó el relicario y llegó a la puerta, seguida del resto de señoras. «Y al salir; ¡plás!, ¡se me abrió la arqueta y paró el nubláu!»

El recurso a lo sagrado para conjurar tormentas, crecidas de ríos e incendios, ha perdurado hasta nuestro siglo. Recuerdan los ancianos de Uzárroz (Roncal) el incendio del barrio bajo en pleno mes de agosto; el párroco sacó el Santísimo, intimó a las llamas y se detuvo el fuego. Entre las reliquias atesoradas en la parroquia de Andosilla figuran el Lignum Crucis y un clavo de la Cruz de Cristo. Su poder contra las tronadas era extraordinario. Dicen que los del Azagra mandaron por ellas seis mil pesetas —¡en aquellos tiempos!—, negándose a venderlas a los propietarios. Con ellas conjuraba don Cayo; ponía tal énfasis en la ceremonia, que los circunstantes le oían exclamar mientras luchaba contra el maligno: «¡Que me se va! ¡Ya se va lo de Cárcar!» Este instinto de enviar los nublados sobre los campos del vecino se manifiesta en distintas formas y en muchas partes. Una mujer de Arróniz pedía a la Virgen de Mednía: «Que no

apedree, pero si apedrea que sea d'Arrosia p'abajo», similar a otra que atribuyen a una «decidora» de Cárcar: «¡Virgen de Gracia! Que no caiga piedra y, si cae, ¡que sea general!».

Sacaron en estos casos los seglares a la Virgen del Rosario en Auza (Ulzama), a Santa Teresa de la desaparecida ermita de Azparren (Arce), y a distintos santos en tierra Estella y, sobre todo, en la Ribera tudelana, donde apenas hay pueblo que no haya recurrido a este medio. Era la Virgen del Rosario en Ablitas, Corella, Fontellas y villafranca, la Virgen de Dolores en Tulebras, Santa Bárbara en Monteagudo, y la Virgen de Soterraña en Valtierra. El título mariano de Nieva o Soterraña fue importado y propagado en Navarra por los dominicos, adornado con aureola de taurmurgias eficaces y plivalentes, parecidas a las de San Antonio de Padua.

Centellas, rayos y truenos nos dejan luego serenos nombrando a la Soterraña; en Nieva tan milagrosa santa imagen veneramos...

Suspendéis la ira divina y su actividad al fuego...

Cobran salud los tullidos, convalecen los heridos con que novenas te hagan.

A par de las ceremonias públicas, antes oficiales y luego degradadas y protagonizadas por el pueblo sencillo y «crédulo», consignaremos algunas de carácter privado. El espio albar puesto en la boina o en la ropa preserva de rayos en el campo. Una roncalesa me decía que tenían ese poder por haber tendido en ellos la Virgen los pañales del Niño. La práctica más universal fue encender la vela del monumento, rezando el trisagio e invocando a determinados santos. Casi todas las mujeres del reino sabían al menos los tres versos iniciales de una oración cabalística a «Santa Bárbara bendita que en el cielo estás escrita con papel y aguabendita». San Bartolomé gozó de amplias prerrogativas, según reza un romance, el que he recogido muchas variantes por las villas ribereñas y que se rezaba durante las tronadas.

«San Bartolomé se levantó,
pies y manos se lavó;
con Jesucristo encontró
y Jesucristo le habló:

—¿Dónde vas, Bartolomé?

—Con vos al cielo me iré.

—Vuélvete, Bartolomé,
a tu casa y su mesón
que yo te daré tal don:

Donde tú seas nombradono cairá
piedra ni rayo,

ni muera mujer de parto,
ni criatura de espanto,
ni hombre sin confesión.

Diseminados por la MONTaña y la línea del Ebro topamos con otro rito mágico, antiguamente bastante generalizado: quemar en el fuego del hogar determinadas plantas: saúco, «sanjuan belarrak» y olvido benedictinos y juncos de la procesión del Corpus. Además de arrojar por la ventana las piedrecitas guardadas del sábado santo, existen otras ceremonias, como sacar estampas y marchas por la vivienda tañendo campanillas.

FIESTAS PATRONALES

Un repaso al calendario de los titulares de parroquias navarras, existentes y desaparecidas, y a los santos abogados elegidos como patronos por numerosas localidades, revelan una prevalencia de los celebrados durante la mitad más fría del año. Cuando las guerras, la destrucción, el hambre, las pestes y la penuria general eran pan amargo y cotidiano, las fiestas patronales se reducían a la víspera y a una jornada de actos religiosos, sufragados por concejos y municipios.

La paz y el resurgir renacentista de la economía trajo nuevos solaces, la prolongación de las mecetas a dos o tres días y la necesidad de modificar el calendario para celebrarlas durante la estación de más luz y sol. Desde el siglo XVI los traslados estuvieron frenados por la necesidad de solicitar permiso de las autoridades eclesiásticas. Pamplona lo hizo en 1590, cambiando los sanfermines del 10 de octubre al 7 de julio. Medio siglo después retrasó Burlada los sanjuanés al 15 de agosto. Tafalla y Sangüesa cuyo patrono es San Sebastián, las trasladaron a los meses de agosto y septiembre. Lo mismo hicieron los estelleses con la de San Andrés. Miranda de Arga solicitó del obispo Irigoyen y Dutari en 1773 el cambio de la festividad de San Benito (21 de marzo) al 11 de julio o la dominica infraoctava del Corpus «con el fin de promover sus mayores cultos y solemnizar la festividad del glorioso santo y sus sagradas reliquias que se veneran en este pueblo». Azuelo, cuya parroquia regentaban los benedictinos de Santa María de Nájera, trasladó en 1775 la fiesta de las Reliquias del 16 de septiembre al 24 de abril, siguiente al de San Jorge. Los cambios se multiplicaron durante el siglo XIX. Actualmente sufren continuas revisiones, ajustando las

fechas a días festivos de verano para que la juventud trabajadora y estudiantil pueda participar en ellas.

Las fiestas, válvula de escape de alegría espontánea y popular, constituyen uno de los índices reveladores de la personalidad de cada comunidad. En su organización, comidas, diversiones, cantos, danzas y convivencia se manifiestan los valores humanos latentes en el pueblo. El espíritu de iniciativa de los mozos jugó ayer papel decisivo en la organización. Ellos, a través de sus mayordomos, buscaron la música, mantuvieron a gaiteros y acordeonistas, recabaron fondos mediante el cobro del barato, cuestaciones domiciliarias o reparto de los gastos a escote, alegraron las calles con dianas «karrikadantzak» y jolgorio, llevaron alegría y baile al portal de cada casa, recibiendo el obsequio de gallinas, vino, pan y piperropiles para el almuerzo y la cena clausuradora de las fiestas, organizaron competiciones deportivas, «antzara-jokuak», partidos de pelota y pruebas de fuerza (Norte), corridas de toros y de vaquillas (Sur), y abadejadas o costilladas para terminar, mientras las mujeres permanecían esclavas de los pucheros para que no faltaran a familiares e invitados interminables, apenas separadas por unas partidas de cartas.

Los cambios son palpables hoy. La iniciativa de los mozos ha sido absorbida por comités municipales que planean festijos y necesitan enormes presupuestos para satisfacer las exigencias de nuestra sociedad de consumo. Predomina el dirigentismo y nacen aspectos inéditos.

OTOÑO

La naturaleza, reventando joven y atractiva en primavera, madura en sus frutos y saciadora del hambre de pan y diversiones por San Juan, julio y agosto, se repliega en la intimidad. El otoño es vendimia, romanticismo de colores metamorfoseando bosques, vida larvada en el sueño de las plantas desnudas de hojas, grano sembrado bajo tierra, sol que mengua su poder, luna —hilargia— campeando en la noche como luz de los muertos. Más que un sueño, el otoño evoca y es desprendimiento, despedida, muerte.

Tiene la sanmiguelada corazón de anciano bueno que dice adiosos al calor y a la luz. El día de la Cruz de septiembre se apagaban los repiques contra los nublados, y el pueblo estrenaba horarios y normas propuestas por las ordenanzas municipales y parroquiales para las misas y

el herbago del ganado de reja y baste y del menor. La juventud del valle de Roncal cantaba despedidas para iniciar el destierro temporal en una tierra ingrata, como siempre lo es la extraña al solar propio:

«Ya ha llegado San Miguel;
pastores, a la Bardena,
a beber agua de balsa
y a dormir a la serena».

Peca un tantico de idealista la visión que los navarros solemos tener de nuestros paisanos roncalenses.

Nobles y bienestar económico, vida bucólica de pastores cantando en la paz agreste mientras cuidan sus ovejas, almadieros surcando foces y deleitando el espíritu en la sucesión de paisajes. La realidad vital fue muy distinta. En la otoñada salían los hombres hacia los pastizales meridionales y las mozas lo hacían por los puertos hacia Mauleón y otras poblaciones de los Bajos Pirineos para ganar el pan hasta el final de la primavera, dejando el valle sumido en soledad, vacío e impotencia.

Suscríbese a la Revista «Narria».
Estudios de Artes y
Costumbres Populares.

Revista Narria
Editada por el Museo de Artes y
Tradiciones Populares de la
Universidad Autónoma de Madrid